

## En la espera de Aquel que ya está con nosotros (Meditación de Adviento)

*Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin de los tiempos (Mt 28,20)*

**Ningún** Adviento es idéntico a otro Adviento. Hay que disponerse a recibir cada uno como si fuese el único. Pese a que cada año, al llegar estas fechas, nos preparemos para celebrar el mismo acontecimiento de fe, la venida del Salvador, ni los que lo esperamos atravesamos las mismas circunstancias personales y sociales, ni el Señor que viene lo hace con dones y ofertas distintas a las que en realidad necesitamos en este preciso momento de nuestras vidas y de nuestro mundo. El Salvador viene a salvar, y de otra manera no lo esperaríamos ni nos prepararíamos para su venida. Somos conscientes de que necesitamos su salvación, somos igualmente conscientes de que Él nos la trae, y queremos estar preparados para recibirla, es decir, para descubrirla en la fe y la esperanza, allí donde Él sabe que más la precisamos.

Tal vez su oferta no coincida total o parcialmente con nuestras expectativas de salvación. Pero si hemos sabido abrirnos a la esperanza que cada Adviento trae consigo, si no queremos que este Adviento 2012 sea otro más, en el sentido de resultar irrelevante en su respuesta a los grandes desafíos y problemas del momento histórico que nos ha tocado vivir, es imprescindible que nos planteemos, con profunda seriedad, qué esperamos para multitud de mujeres y hombres de nuestra época, de esta nueva venida del que reconocemos como nuestro único Salvador y Señor.

### **Silenciar nuestros corazones para “escuchar su voz”**

Pienso que aquellas palabras del Apocalipsis, bien vale la pena aplicárnoslas cuantos no queremos echar en saco roto las gracias de un nuevo Adviento: *Yo reprendo y corrijo a todos los que amo. Así, pues, debes permanecer alerta para recibir mis dones. Mira, yo estoy a la puerta llamando; si alguien oye mi voz y abre su puerta, entraré en su casa, y cenaré con él y él conmigo* (3,19-20). Las puertas de tu corazón creyente y las puertas de las iglesias cristianas, son golpeadas amorosamente por el Señor que viene, y viene, precisamente, para ser nuestro morador número uno. Tal vez tengamos muchos ruidos dentro de nosotros mismos, que nos dificultan oír su llamada. Tal vez nuestras Iglesias estén demasiado ocupadas en sacar adelante programas y proyectos pastorales, más que en hacer silencio para abrir a tiempo sus puertas al Señor. ¿Será el Adviento 2012, recién comenzado el Año de la Fe, el momento adecuado para que las Iglesias acallen sus ruidos de un activismo sociológico, mediático y proselitista, a fin de poder escuchar hoy su voz?

Recordamos en este momento las palabras de Juan Pablo II, que en su carta pastoral, con motivo del jubileo del año dos mil, nos ilustra en nuestro cometido. Dice el papa: *No nos satisface ciertamente la ingenua convicción de que haya*

una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: ¡yo estoy con vosotros! (NMI 29). Sólo la certeza de que Él está ya con nosotros nos puede mover a celebrar de nuevo su venida. Pues el que ya está con nosotros lo está de forma viniente, es decir, afirmando y acrecentando con cada venida sus dones anteriores.

Algo así como si el papa Wojtyla se sumara a nosotros al comenzar este nuevo Adviento del Año de la Fe, para advertirnos de que la venida del Señor no la podemos preparar adecuadamente sin el mismo Señor. El sentido evangélico de un nuevo Adviento lo hallamos al buscar en lo que ya tenemos, al ahondar en lo que ya vivimos y somos como seguidores del propio Jesús. No partimos de cero. Para que no se repita aquello de *vino a los suyos y los suyos no lo reconocieron* (Jn 1, 11), es imprescindible partir de su presencia viva y actuante en nuestras vidas creyentes. Presencia de amor que solo en actitudes de amor desinteresado es acogida, celebrada y compartida.

### **La “insatisfacción”, pieza clave en la vida espiritual cristiana**

Así, pues, nos preparamos con Jesús para recibir a Jesús. Él quiere venir hoy también a *los suyos*, los que no han olvidado que el don de su permanente presencia en su Espíritu, se vive en una actitud de vigilante espera, de constante insatisfacción, que nunca puede bajar la guardia en su deseo de la venida del Señor. *Yo, Jesús, he enviado mi ángel para declarar todo esto a las iglesias. Yo soy el Origen y el Vástago de David. Yo soy la Estrella Radiante de la Mañana. El Espíritu Santo y la Esposa del Cordero, dicen: Ven. Y el que escuche diga: Ven. Y el que tenga sed y quiera, venga y beba del Agua de la Vida, sin que le cueste nada. El que declara esto dice: Sí, vengo pronto. Amén. Amén. ¡Ven, Señor Jesús!* (Apc 22, 16-17. 20). Es el pregón de cada Adviento, y, en consecuencia, de toda la vida cristiana que no es otra cosa que la espera vigilante del que vino, ha de venir, y hoy está viniendo.

Desde el don del Espíritu presente en cada corazón creyente y en la conciencia comunitaria amante de la Esposa (la Iglesia), cuanto más ardiente el deseo de la venida de su Señor, mayor cuidado y atención ha de prestar al cultivo de la experiencia de fe, en la que Dios se nos da como don de sí y promesa de su Amor llamándonos a la confianza y abandono. He aquí expresado el misterio del Adviento: cuanto más conozco y amo al Dios de Jesús, más grande e inapagable es la sed que de Él tengo. *Aquel que tenga sed en su corazón y no renuncie a ella, que venga y beba del Manantial que da la Vida.* La satisfacción en la vida espiritual, el chato conformismo en el seguimiento de Jesús, es el primer obstáculo para poder celebrar el Adviento con pleno sentido y abundante provecho.

No puedo conformarme con ningún don recibido, por alto o sublime que me pudiera parecer, sin perder por ese mismo conformismo otro don mayor que se me ofrece, y con él, todos o gran parte de los dones recibidos anteriormente; pues en la vida espiritual el no crecimiento es ya un retroceso. Que el Reino de los cielos está reservado a los que tienen hambre y sed del conocimiento de Dios, abre la fe a esa dimensión insondable de un “más” que siempre está por

venir. Diríase que el tiempo de Adviento es connatural a la fe cristiana: partiendo de lo ya conseguido, avanzar hacia lo mucho que nos aguarda: *Cualquier cosa tengo por pérdida al lado de lo grande que es haber conocido a Jesús, el Cristo, mi Señor. Por su amor acepté perderlo todo y lo considero como basura con tal que pueda ganar al propio Cristo [...], rico de la justicia que nace de la fe en Cristo* (cf. Filp 3, 7-11). El testimonio de Pablo ilustra sobradamente este sentido de la fe cristiana como un avanzar, desde lo que ya tenemos, hacia lo mucho más que se nos promete, y de cuyo alcance depende en gran medida el valor de lo ya conseguido.

### **Ser liberados de las falsas concepciones de felicidad**

Viene Jesús, Maestro, para librarnos de las falsas concepciones de felicidad, que son todas aquellas que nos esclavizan, utilizando sutilmente la mentira y el miedo. Solo la verdad nos hace libres. Y la verdad de nuestra condición temporal la encontramos, radicalmente, en la fidelidad de cada uno a sí mismo. Es justa la afirmación de que el que viene, lo hace con el inmenso deseo (deseo divino) de que cada uno de los que en Él creemos vayamos desarrollando al máximo posible la dignidad y grandeza de nuestro ser humano. Que no valoremos nada por encima de esta grandeza y dignidad. Y, en consecuencia, que aprendamos a distinguir entre lo que beneficia y perjudica el constante crecimiento de nuestro ser profundo (*hasta llegar a la perfección de la criatura realizada en Cristo Jesús*). Es así como el Adviento, en cuanto espera del Señor, se hace también espera para cada uno de sí mismo. Igual que no puedo renunciar a un “más” de Dios en mí, tampoco puedo hacerlo a un “más” en mí de mí mismo.

No puedo conformarme con el grado de experiencia de Dios (si es que en ella caben grados), sin renunciar en el acto a cuanto Dios quiere ser para mí y en mí. Su voluntad para conmigo se me manifiesta en un indefinido ser Él en mí, revelárseme en la íntima comunicación amorosa, que no tiene límites, y manifestarse en mí y a través de mí, para despertar en otros la misma sed de infinito que ya es la razón de mi vida.

El gran desafío del Adviento a las iglesias cristianas hoy, es el de convocar al mayor número posible de creyentes a vivir en la actitud de búsqueda, como apertura ilusionada y entusiástica, de un mundo mejor y un humano más realizado como tal en todas sus dimensiones. Frente a tanto conformismo y resignación enervantes, frente a tanta pérdida de utopía en la vida creyente y en las relaciones públicas, frente a tanto miedo a perder lo que tenemos (poco o mucho), renunciando a todo riesgo de avanzar decididamente hacia lo desconocido que nos llama, que no cesa de hacernos señas desde tantos sufrimientos evitables de tantos de nuestros hermanos más desfavorecidos; desde tanta despersonalización de tantos que son víctimas de la masificación sutilmente programada de los medios de comunicación, de la despersonalización del mercado de los especuladores, y del *sálvese quien pueda* al que nos ha conducido con su poder global un capitalismo salvaje..., solo cabe la actitud del Adviento: nada de resignación, mucho de esperanza.

### **Propuestas para este Adviento**

Propongo disponernos a celebrar el Adviento, cultivando en nuestros corazones las siguientes actitudes, todas ellas de cuño evangélico y, como tales, todas ellas gracias que se nos conceden en nuestra sincera disposición a vivir este Adviento como una renovación profunda de nuestra fe cristiana.

- **Acción de gracias** por lo mucho ya recibido. Partimos de que todo en la vida cristiana es Gracia, y que solo siendo conscientes de lo que se nos ha dado, podemos acrecentarlo para aprovechamiento propio y para el bien común. Todo don venido de Dios -y, de manera muy especial, el don de la fe- se nos hace para que podamos crecer personalmente y servir mejor al Reino
- **Deseo de los nuevos dones** que el Señor nos quiere conceder en este Adviento y en todo este Año de la Fe, especialmente en cuanto se refiere al don de su amistad. El que ha gustado un punto del amor de Dios, no puede dejar ya de desear más y más del mismo amor, del gozo de su Intimidad compartida.
- **Reconocer en el que viene al Salvador de los pobres.** Viene para enseñarnos, al calor de su amistad, a ser pobres, mansos y humildes, servidores, como Él. Viene para ser nuestra riqueza, y así hacernos libres de toda otra ambición de tener y de poder. Viene para identificarse con cuantos sufren la acción de la injusticia y la violencia de los poderosos, a fin de que nuestro mejor y mayor servicio a Él sea el que llevamos a cabo en la liberación y solidaridad con los más desfavorecidos.
- **Conciencia de que no estamos solos** en la lucha contra el mal que hace sufrir a los más débiles. El que viene, nos da su Espíritu; Espíritu de audacia y valentía, de creatividad y entusiasmo, de fidelidad hasta el fin (su fin, que es la Cruz) en la defensa de los contenidos del Reino: el Espíritu de las Bienaventuranzas Evangélicas.
- **Esperanza** en que cada Venida de Cristo es un avance real hacia los cielos nuevos y la tierra nueva habitados por la justicia. Su constante venida no es en vano. No puede serlo. Porque es la venida del Amor por el que se hicieron todas las cosas; es el Amor que se anonadó y tomó la forma de esclavo para mejor manifestar la condición comprometida de Dios con la humanidad histórica; es el Amor que, encarnado (hecho carne de nuestra carne humana), pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por cualquier fuerza de mal, para que aprendamos de Él que todo mal, por grave que nos parezca, es vencible. Es el Amor Resucitado contra todas las muertes hijas de la ambición y del orgullo de los que creen ante todo en el poder y el dinero.
- **Acoger al que viene como Maestro y Modelo único.** La sencilla vida de Jesús de Nazaret es nuestro paradigma de toda dignidad y grandeza humanas. Ser mujer u hombre, en su pleno sentido, como Él lo fue. Lo más importante de mi existencia humana, tal como son los valores de la

Verdad, la Libertad y el Amor, los cultivo con Él, al amparo de su comunicación amistosa, con la luz y fuerza de su Espíritu. Maestro y Modelo único, que vive en mi propio corazón, para que entrando en mí pueda encontrarme siempre con Él.

En suma, cada Adviento viene para poner a prueba nuestra vida teologal. La Fe en un Dios comprometido con la aventura humana. La Esperanza en el triunfo de la Vida sobre todas las formas de muerte. Y el Amor, ese Amor que transforma a cuantos se dejan amar por él, y los convierte en testigos vivos y fehacientes de la gratuidad: solo salva la entrega de la propia vida por los amigos, realizada desde un corazón del que se ha desterrado todo ápice de enemistad, odio y violencia.

Adviento del Año de la Fe. Esperamos al que ya tenemos. Pero sabemos que Él quiere darnos más de sí mismo. Pero reconocemos que cada Venida del Señor es una gracia que no se repite, pues responde (Kairós) a las circunstancias y necesidades humanas y eclesiales de cada momento histórico. ¿Sabremos recibir la gracia específica de este Adviento 2012, en el Año de la Fe?